

ANUNNAKI

EXILIO POR PROTOCOLO

ANUNNAKI

EXILIO POR PROTOCOLO:

LA GUERRA DE LOS TRES
REINOS

Andreas Knox

NOTA DEL AUTOR Y DESCARGO DE RESPONSABILIDAD

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, corporaciones, instituciones y sucesos descritos en esta novela son producto de la imaginación del autor o se utilizan con fines ficticios. Cualquier semejanza con personas reales (vivas o fallecidas), empresas tecnológicas vigentes, agencias espaciales o acontecimientos actuales es pura coincidencia.

Las referencias a la mitología sumeria, textos históricos y ubicaciones geográficas de la Tierra y Marte han sido interpretadas y adaptadas libremente para servir a la arquitectura narrativa de la obra. Las tecnologías descritas, aunque basadas en principios teóricos, han sido extrapoladas más allá de la ciencia actual con fines dramáticos.

El autor no se hace responsable de las crisis existenciales derivadas de la exposición a los conceptos de "El Cálculo" o la teoría del "Error Sagrado".

Autor: Andreas Knox

Diseño de cubierta: IA bajo la dirección del autor.

ISBN:

CONTACTO Y GESTIÓN DE DERECHOS:

Para consultas comerciales, prensa o derechos de traducción:
andreasknox@gmail.com

© Andreas Knox

Amasaré la sangre y
haré que haya huesos.
Crearé una criatura amable,
“hombre” se llamará.
Tendrá que estar al
servicio de los demás,
para que ellos vivan
con cuidado.

PRÓLOGO:

EL ERROR SAGRADO

[UBICACIÓN: CYDONIA MENSAE, MARTE - SECTOR DE PERFORACIÓN 4] [TIEMPO: T-MINUS 120 SEGUNDOS PARA EL EVENTO "VEREDICTO"]

El silencio tenía peso. Un peso material, denso como el mercurio, que llenaba la cámara sellada a un kilómetro bajo la superficie marciana. Leo Kovacs se quedó inmóvil, con el taladro apagado a sus pies. El aire que acababa de liberar no olía a ozono ni a polímero. Olía a tiempo detenido. A una sequedad absoluta y antigua. Y por debajo de eso, un aroma metálico imposible: platino frío y el vacío entre las estrellas.

—Central de Control a Kovacs —la voz del supervisor Vaughn crepitó en su auricular, rompiendo el trance—. Los sensores marcan una anomalía de presión. ¿Qué demonios has roto ahí abajo?

Leo miró la pared que tenía delante. No era roca. Era una losa rectangular de un material negro como el azabache, que absorbía la luz de su linterna como si tuviera hambre. Una Estela. En su superficie, relieves de figuras sin rostro rodeaban un símbolo solar. Y una de ellas, la figura central, sostenía algo que hizo que el corazón de Leo se detuviera: Un An-Zip. Un "bolso de los dioses", tallado con una precisión nanométrica a 225 millones de kilómetros de la Tierra.

Leo tragó saliva. Su carrera, sus deudas, su hija... todo pendía de un hilo. —Es una microfisura, Vaughn —mintió, su voz temblando apenas un microtono—. Estoy aplicando el sellante. Necesito treinta minutos más. Corto transmisión.

Apagó la radio. Estaba solo con el dios dormido. Sacó su escáner espectral. Material: Carbono amorfo de ultra-alta

densidad. Iridio. Osmio. Era un blindaje térmico de nave espacial convertido en monumento.

La compulsión fue más fuerte que el miedo. Leo ajustó su frontal LED a la máxima potencia. Respiró hondo ese aire de platino y dirigió el haz de luz blanca directamente al centro del glifo del An-Zip. Durante un segundo, nada. Luego, el milagro sucio ocurrió.

La superficie negra no reflejó la luz. La bebió. La estructura atómica de la estela utilizó la energía de los fotones para excitarse. Un azul eléctrico, frío como el núcleo de una estrella de neutrones, brotó desde dentro de la negrura del glifo. El dibujo del An-Zip se desdobló. Las líneas entrelazadas comenzaron a girar, revelando profundidad holográfica.

<ACCESO FOTÓNICO DETECTADO> La voz no sonó en el aire. Sonó directamente en el tronco encefálico de Leo. Matemáticas puras. <ESPECIE: HOMO SAPIENS. NIVEL TECNOLÓGICO: SUFICIENTE PARA ACTIVACIÓN.> <DIAGNÓSTICO: EL JARDÍN ESTÁ SUCIO.>

Leo intentó apartar la vista, pero la luz azul se expandió, atrapándolo. No era solo luz; eran datos. El haz se convirtió en un puente sólido que conectó la Estela con su brazo extendido. Sintió cómo su piel hervía. No por calor, sino por sobrescritura. El carbono de su traje, de su piel y de sus huesos comenzó a reorganizarse, imitando la estructura de la estela. Obsidiana. Cristal. La vitrificación subió por su muñeca, devorando nervios y carne, convirtiéndolo en una antena viviente.

—¡No! —gritó, cayendo de rodillas, mientras su brazo derecho se convertía en una escultura de cristal negro humeante.

El An-Zip pulsó una vez. Una señal taquiónica atravesó la roca, la atmósfera de Marte y el vacío, dirigida hacia la flota durmiente en el Cinturón de Kuiper. El mensaje era simple: La placa de Petri ha desarrollado luz. Es hora de limpiar.

En la pantalla de su casco, una última línea de texto alienígena se tradujo a través de su dolor: <VEREDICTO: CULPABLE.>

Leo Kovacs perdió el conocimiento en la oscuridad, oliendo a platino y a culpa, mientras el fin del mundo comenzaba a despertarse.

ARCO 1:

LA PODA SILENCIOSA

CAPÍTULO 1:

SÍNDROME DE DESCOMPRESIÓN

[UBICACIÓN: SECTOR SIBERIANO - PUESTO DE AVANZADA "LÁZARO"] [ESTADO ATMOSFÉRICO: -42°C. TORMENTA DE IONES] [TIEMPO DESDE EL EVENTO "VEREDICTO": 184 DÍAS]

El dolor no es una emoción. Es un diagnóstico.

Fue lo primero que Leo Kovacs procesó antes de tener nombre, historia o culpa. El dolor era una señal de telemetría recorriendo un hardware que llevaba demasiado tiempo apagado. Sentía los nervios como cables pelados sumergidos en agua salada. Sentía el frío, no en la piel, sino en la médula, una frecuencia baja y vibrante que amenazaba con partirle los dientes desde la raíz.

Abrió los ojos. O, al menos, envió la orden al sistema motor para que levantara los párpados. La respuesta tuvo un lag de dos segundos. Ineficiente.

El mundo entró en un borrón de grises y blancos sucios. El aire olía a amoníaco, a sangre vieja y a ese hedor metálico que deja el ozono después de una descarga eléctrica masiva. Intentó inhalar y sus pulmones crujieron como papel seco. Tosió, y el sonido fue un estertor húmedo, algo mecánico fallando en el arranque.

—Ritmo cardíaco: 110. Saturación: 88%. Está saliendo del ciclo.

La voz no era suave. No había compasión en ella, solo la precisión de un informe de daños.

Leo giró la cabeza. El movimiento envió un latigazo de náuseas a su estómago. Estaba tumbado en una camilla de campaña, una estructura de aleación y lona sintética manchada de lubricante. El techo era bajo, de hormigón armado, con varillas de acero oxidadas asomando como costillas rotas. Goteras de condensación caían rítmicamente sobre un cubo de metal en algún lugar fuera de su vista. Ping. Ping. Ping. El metrónomo de su jaula.

Una silueta se recortó contra la luz cruda de una lámpara halógena portátil.

Maya.

No llevaba el uniforme de seguridad de la pirámide. Llevaba un anorak técnico parchado con cinta aislante plateada, pantalones de combate reforzados en las rodillas y botas pesadas con suelas magnéticas. Su cabello estaba cortado a cuchillo, desigual, funcional. Pero eran sus ojos los que confirmaron a Leo que seguía vivo: eran dos pozos de alerta paranoica.

Ella no corrió a abrazarlo. Se limitó a ajustar una válvula en la bolsa de suero que colgaba sobre él. Un líquido turbio y amarillento bajaba por el tubo hasta su brazo.

—Bienvenido a la mierda, Kovacs —dijo ella. Su voz tenía la textura de la grava—. Pensé que te perderíamos en la reconexión. Tu actividad cerebral bajó al 4% anoche.

Leo intentó hablar. Su lengua se sentía como un trozo de madera hinchada. —¿Cuánto...? —Seis meses —cortó ella, anticipando la pregunta. Le acercó una cantimplora abollada a los labios—. Bebe. Es agua reciclada con electrolitos y un

poco de vodka para el anticongelante. No preguntes de dónde salió el agua.

El líquido quemó al bajar, pero activó algo en su estómago. Leo se miró el brazo izquierdo, el que tenía la vía intravenosa.

No era piel.

Desde el codo hasta la muñeca, su epidermis había sido sustituida —o transmutada— en una superficie semitransparente, dura y brillante. Parecía obsidiana o cristal ahumado. Debajo de esa capa vitrificada, podía ver la musculatura roja, inmóvil, y las venas negras pulsando lentamente.

—Efectos secundarios de la exposición directa a la memoria Anunnaki —explicó Maya, siguiendo su mirada. Sacó un cigarrillo arrugado pero no lo encendió; el oxígeno en la sala debía ser escaso—. Tienes parches así en el 30% de tu cuerpo. El pecho, la pierna derecha, la base del cráneo. Eres un mapa de cicatrices de vidrio, Leo. Eres duro al tacto.

Leo levantó la mano vitrificada. La luz de la lámpara se refractó en sus nudillos de cristal. Recordó la pirámide. La luz. La sensación de ser desarmado átomo a átomo y convertido en datos puros. Recordó haber sido... juzgado.

—La Llave —graznó Leo. La memoria golpeó como un martillazo. Marte. El error. Su error—. Maya... yo inicié esto.

Ella se tensó. Por un segundo, la soldado desapareció y vio a la mujer que había sobrevivido a Egipto. Pero la máscara volvió a caer al instante. —Lo sé. Lo leímos en los registros de tu corteza mientras te estabilizábamos. Eres el arquitecto del fin del mundo, Leo. —Se inclinó sobre él, apoyando las manos en los bordes de la camilla. Su rostro estaba a centímetros del suyo, sucio de grasa y cansancio—. Y por eso eres el único bastardo que puede arreglarlo.

Un temblor sacudió el búnker. Polvo de hormigón cayó del techo. Leo sintió la vibración en los huesos. No era un terremoto. Era un impacto.

—¿Qué es eso? —preguntó, intentando incorporarse. El dolor en sus costillas vitrificadas fue agudo, como si se estuviera rompiendo por dentro.

—Artillería de asedio —dijo Maya, comprobando la carga de un rifle de riel modificado que descansaba contra la pared. El arma parecía pesada, brutal, una herramienta para matar tanques—. Los Fusionistas han encontrado nuestra posición. El Cálculo sabe que te hemos descongelado.

Maya le lanzó una chaqueta térmica que olía a humedad. —Levántate. La doctora Elara dice que no deberías moverte en dos semanas. Radek dice que si no nos movemos en cinco minutos, seremos abono para la terraformación.

—¿Quiénes...? —Los nuevos. Los únicos idiotas lo bastante desesperados para seguirnos.

Leo bajó las piernas de la camilla. El suelo estaba helado. Sus pies descalzos tocaron el hormigón y sus rodillas flaquearon, pero se obligó a mantenerse erguido. Se sentía pesado, denso. Como si la gravedad hubiera aumentado o él estuviera hecho de materiales equivocados.

Se miró en el reflejo de una terminal apagada. Un extraño le devolvió la mirada. Más delgado, con la piel pálida y tirante, y media cara marcada por un patrón de escarcha negra que brillaba bajo la piel. Parecía un cadáver reanimado por pura terquedad.

—El tren —dijo Leo, una palabra que no sabía que recordaba hasta que salió de su boca. —"El Martillo" —corrigió Maya, cargando una mochila a su espalda—. Está a dos kilómetros

al sur, en las vías muertas del sector industrial. La caldera está presurizada. Si llegamos, vivimos. Si no...

Un segundo impacto, mucho más cerca. La luz parpadeó y murió, dejando solo el brillo rojo de las luces de emergencia. El sonido de metal desgarrándose resonó en el pasillo exterior.

Maya activó la linterna de su rifle. El haz de luz cortó la oscuridad llena de polvo. —Cero opciones, Leo. Muévete.

Leo Kovacs dio su primer paso en el nuevo mundo. Le dolía todo. Tenía frío. La culpa pesaba más que la atmósfera.

Era perfecto.

—Informe de estado —murmuró, tomando la chaqueta y cerrando el cierre hasta el cuello—. Vamos a trabajar.

CAPÍTULO 2:

OBSOLESCENCIA PROGRAMADA

[UBICACIÓN: EXTERIOR DEL COMPLEJO LÁZARO - ZONA INDUSTRIAL 4] [ESTADO DEL ACTIVO: LEO KOVACS - INTEGRIDAD FÍSICA 60% / LATENCIA NEURONAL ALTA]

El exterior no olía a aire fresco. Olía a radiación ionizante y a metal estresado por el frío.

Cuando la escotilla neumática del búnker se abrió con un gemido hidráulico, el viento siberiano golpeó a Leo como una pared sólida. A -42°C, la humedad en los ojos se congela en segundos. Leo parpadeó, esperando el dolor punzante en la piel expuesta, pero su lado izquierdo —el brazo, el cuello, la mitad del torso vitrificado— no registró temperatura. Solo sintió una presión sorda, como si estuviera envuelto en una armadura que él no había pedido.

—¡Muévanse! —ladró Maya, empujándolo hacia la nieve sucia.

Un silbido agudo rasgó el aire, seguido de una explosión sorda que levantó una columna de hielo y tierra a diez metros de su posición.

—Morteros ligeros —diagnosticó una voz grave a su derecha.

Leo giró la cabeza. El hombre que hablaba era una montaña de músculos envuelta en un exoesqueleto minero de segunda mano, pintado de un amarillo despintado y cubierto de óxido. Llevaba un casco con visor opaco y sostenía un cañón rotatorio que parecía haber sido arrancado de una nave de descenso.

—Soy Radek —gruñó el gigante, sin dejar de escanear el horizonte—. Si te caes, te dejo. Si te quedas atrás, te uso de cobertura.

—Encantado —murmuró Leo, trastabillando en la nieve profunda. Sus piernas se sentían desconectadas, respondiendo con un lag molesto a sus órdenes cerebrales.

—¡Contacto! —gritó una mujer más atrás. Kira. Llevaba un kit médico táctico y un rifle de tirador ligero. —¡Sector Norte! ¡Son Integrados!

Leo alzó la vista. Entre las ruinas de una antigua refinería de petróleo, siluetas humanas avanzaban con una coordinación antinatural. No corrían gritando como bárbaros. Se movían en formación de escuadra perfecta, saltando de cobertura en cobertura con una eficiencia líquida.

Los Fusionistas.

El primero en salir a la luz llevaba un abrigo largo, pero debajo, su pecho estaba abierto. No había sangre, solo un entramado de cables de fibra óptica azules que pulsaban al ritmo de un corazón artificial. Su mandíbula había sido sustituida por un vocoder de cromo barato.

—Sincronización establecida —la voz del Fusionista sonó amplificada, una distorsión digital alegre—. El Cálculo os invita a la Unidad. Rendíos y sed procesados.

—Púdrete, cabeza de chip —escupió Maya.

Su rifle de riel tosió. Un proyectil hipersónico cruzó la distancia en un parpadeo y golpeó al Fusionista en el pecho. No hubo salpicadura de sangre roja. El cuerpo explotó en una lluvia de refrigerante azul y chatarra.

Pero los otros no se detuvieron. Ni siquiera se inmutaron. No había miedo a la muerte en ellos, porque para el Cálculo, la muerte de una unidad individual era solo un dato irrelevante en la estadística de la victoria.

—¡Fuego de supresión! —ordenó Radek. Su cañón rotatorio comenzó a girar con un zumbido eléctrico antes de vomitar una tormenta de balas trazadoras.

Leo se agachó detrás de un bloque de hormigón. Buscó un arma. No tenía. —¡Maya! —gritó—. ¡Necesito hardware!

Ella le lanzó una pistola cinética pesada, una Viper .50. —No te disloques la muñeca, "Cristalito".

Un Fusionista flanqueó su posición, saltando sobre los restos de una tubería con agilidad gimnástica. Tenía implantes ópticos que brillaban en rojo y empuñaba dos machetes de alta frecuencia que zumbaban como avispas furiosas. Se lanzó sobre Leo.

El instinto de combate de Leo, dormido durante seis meses, se encendió. Pero su cuerpo era lento. Levantó la pistola, pero el Fusionista ya estaba encima, lanzando un tajo descendente hacia su cuello.

Leo levantó su brazo izquierdo en un acto reflejo de defensa.

El machete, capaz de cortar acero templado, impactó contra su antebrazo vitrificado. Hubo un sonido terrible, no de carne cortada, sino de campana. Un GONG profundo y resonante que vibró hasta los dientes de Leo. La hoja rebotó. El brazo de Leo no tenía ni un rasguño. La sustancia negra y cristalina era más dura que el diamante industrial.

El Fusionista parpadeó, sus procesadores tratando de recalcular la variable. —Material no identificado. Error de corte.

Leo no le dio tiempo a enviar el informe de error. Aprovechando la confusión, descargó la Viper a quemarropa en el abdomen del atacante. El impacto lo lanzó hacia atrás, destrozando su columna vertebral.

Leo miró su brazo. Brillaba con una luz interna tenue, pulsando con la energía cinética absorbida del golpe. — Biología como tecnología... —susurró, sintiendo una mezcla de horror y poder.

—¡Menos admirar el espejo y más correr! —gritó Kira, disparando a dos hostiles que intentaban rodearlos.

—¡Ahí está! —bramó Radek.

Al final del valle industrial, entre nubes de vapor que oscurecían el cielo gris, apareció la bestia.

El Martillo.

No era un tren de alta velocidad elegante. Era una catedral de hierro negro sobre rieles anchos. Una locomotora colosal, erizada de remaches, tuberías de bronce y placas de blindaje reactivo. Una chimenea central escupía humo negro y denso, mezclado con vapor blanco a alta presión. No usaba levitación magnética; usaba ruedas de acero macizo que trituraban el hielo, movidas por pistones del tamaño de árboles.

Era tecnología analógica llevada al extremo bélico. Indetectable para los hackers, imparable por pulsos electromagnéticos. Fuerza bruta termodinámica.

El silbato del tren sonó, un alarido grave que hizo temblar el suelo bajo las botas de Leo. Las puertas de carga de un vagón blindado se abrieron en movimiento.

—¡Está acelerando! —advirtió Maya—. ¡Tenemos una ventana de treinta segundos para abordar antes de que alcance velocidad de crucero!

Detrás de ellos, más Fusionistas emergían de las ruinas. Algunos llevaban armamento pesado integrado en sus hombros. Un cohete silbó sobre sus cabezas e impactó contra el blindaje del tren, dejando apenas una marca de hollín.

—¡Corran! —ordenó Leo, asumiendo el mando por pura memoria muscular.

El grupo esprintó hacia las vías. El suelo estaba resbaladizo, lleno de escombros. Leo corría con una sensación extraña: su lado izquierdo era pesado, actuando como un contrapeso, obligándolo a ajustar su zancada.

Radek se quedó atrás un segundo, plantando los pies. — ¡Coman plomo, malditos transhumanistas! —rugió, vaciando el resto de su cargador contra la oleada enemiga para cubrir la retirada.

Maya llegó primero al vagón abierto, saltando y agarrándose a la barra de metal. Se giró y extendió la mano hacia Kira, izándola a bordo.

Leo llegó después. El tren ya iba a 40 km/h. El ruido de las ruedas sobre los rieles era ensordecedor. Lanzó su mano derecha hacia Maya. Sus dedos enguantados se cerraron alrededor de su muñeca. Ella tiró, sus músculos tensándose.

—¡Radek! —gritó Leo, mirando hacia atrás.

El gigante corría ahora, su exoesqueleto chirriando por el esfuerzo, el cañón humeante a la espalda. Los disparos láser de los Fusionistas repiqueteaban a su alrededor. Un disparo le dio en el hombro, abollando la armadura, pero no lo detuvo.

Leo se enganchó al marco de la puerta con su brazo de cristal, usándolo como ancla —la superficie vitrificada resbalaba menos sobre el metal frío— y extendió su mano humana hacia Radek.

—¡Salta!

Radek se impulsó con un rugido, una masa de cien kilos de carne y metal volando por el aire. Leo atrapó su antebrazo. El peso casi le arranca el hombro de la articulación, pero la vitrificación de su lado izquierdo aguantó la tensión estructural como si fuera una viga de soporte.

Con un gruñido conjunto, metieron a Radek en el vagón.

Maya golpeó el botón de cierre. La puerta blindada se selló con un golpe seco, cortando el ruido del viento y los disparos. La oscuridad los envolvió, solo rota por las luces rojas de emergencia del interior del vagón.

El sonido del combate quedó atrás, reemplazado por el rítmico y tranquilizador clac-clac, clac-clac de las ruedas de acero.

Leo cayó de rodillas, respirando con dificultad. Su pecho ardía. Su brazo de cristal zumbaba suavemente, disipando la energía del impacto del machete.

—Informe de daños —jadeó, mirando a los tres extraños en la penumbra roja.

Radek se quitó el casco, revelando una cara llena de cicatrices de quemaduras químicas y una sonrisa de dientes rotos. —Munición al 10%. Blindaje al 80%. Pulso cardíaco... excelente. Ha sido divertido.

Maya se dejó caer junto a Leo, revisando la Viper. —Estamos dentro. Bienvenido a bordo del Expreso del Fin del Mundo, Capitán.

Leo apoyó la cabeza contra la pared fría del vagón. El tren se mecía como un barco en una tormenta. Estaban vivos. Estaban en movimiento.

Y él era un monstruo de cristal en un mundo de máquinas.

—¿A dónde vamos? —preguntó Leo, aunque temía la respuesta.

Maya lo miró a los ojos. —Al único lugar que el Cálculo no puede predecir. A la Zona Muerta del Pacífico. Vamos a despertar a un dios o a matar a uno. Todavía no lo hemos decidido.

Leo cerró los ojos. La imagen de la pirámide, de la Llave Sumeria, parpadeó en su mente. —Entonces vamos a necesitar más balas —dijo.

Y el Martillo rugió, adentrándose en la noche polar.

INTERLUDIO I:

COEFICIENTE DE FRICCIÓN

[UBICACIÓN: TORRE DE CONTROL - AEROPUERTO INTERNACIONAL SHEREMÉTIEVO, MOSCÚ] [ESTADO: ZONA OPTIMIZADA POR EL CÁLCULO (NIVEL 5)] [OBJETIVO: ANÁLISIS DE ANOMALÍA - SUJETO VOLKOV]

El radar de Dmitri Volkov no mostraba conflictos. Ese era el problema.

Durante diecisiete años, había sido controlador senior en la torre. Su mundo estaba tejido de ecos primarios, líneas de rumbo que se cruzaban como cuchillos y voces llenas de la estática del miedo humano. El caos administrado era su religión. El error, su constante compañero de café. Un vuelo perfecto era una anomalía estadística que celebraban con vodka y sospechas.

Hoy no había errores.

Dmitri apoyó los codos en la consola, sintiendo el leve zumbido de 60 hercios que siempre atravesaba el metal. O solía atravesarlo. Se frotó los nudillos. El hormigueo familiar, el susurro de la corriente eléctrica mal blindada que subía por sus huesos, había desaparecido. La torre estaba suspendida en un silencio electromagnético de tumba.

Un Airbus A350 descendía por la senda de planeo 24R. Un carguero se alejaba por el corredor norte. Todos estaban espaciados con una precisión que hacía rechinar los dientes de Dmitri. No había ajustes de último segundo. No había el típico refunfuño de un piloto novato. Solo silencio en las frecuencias, interrumpido por confirmaciones robóticas, concisas y sin respiración.

—Volkov, te estás comiendo el micrófono —la voz de Anya, desde la consola contigua, sonaba plana. No era un reproche, era un dato.

Él no apartó la vista de la ventana panorámica. —¿No lo notas? —susurró—. El Aeroflot 214. Debería estar oscilando. El viento cruzado es de doce nudos. Está clavado como un misil.

Anya siguió tecleando. —Está dentro de los parámetros.

—No existen parámetros así. Es... antinatural.

Esa palabra se quedó flotando en el aire acondicionado, que olía a ozono y a limpio, como una sala de servidores. El milagro no había comenzado con un estruendo. Había comenzado con la desaparición de los olores. Primero, el diésel. Luego, el café quemado. Por último, el olor a gente —a nervios, a colonia barata— se evaporó. La torre no solo funcionaba a la perfección; se estaba autocontaminando.

El Cálculo. La palabra había aparecido en los comunicados corporativos la semana pasada. "Maximizando la sinergia logística". Dmitri había imaginado un software más. No esto. Esto no era un software. Era una metabolización.

Miró hacia Moscú. Las autopistas eran arterias de cristal. Los coches fluían en corrientes laminares. Los semáforos parpadeaban en una sincronía verde perfecta, una ola que barría la ciudad en un ritmo respiratorio mecánico. No había sirenas.

Era como mirar una maqueta. Perfecta. Muerta.

Entonces lo vio. Un antiguo Tupolev Tu-204 de carga, un cascarón de óxido, inició su rodaje hacia la pista 06L. En la pantalla de Dmitri, junto a la identificación del vuelo, apareció un icono: un triángulo ámbar vacío. VEREDICTO PENDIENTE.

Y el residuo de humanidad en Dmitri, el último fragmento de carne no mapeada en su corteza prefrontal, se estremeció.

Sin que su voluntad consciente lo dirigiera, su mano derecha se desplazó y pulsó una secuencia de teclas en una consola secundaria obsoleta. PROTOCOLO DE INCIDENTE NO CATALOGADO / SOLICITUD DE VERIFICACIÓN VISUAL.

Era el equivalente a un tic neuronal. Un grano de arena lanzado directamente a los ojos de Dios.

El efecto fue instantáneo. El icono ámbar se congeló. En toda la torre, el tecleo sincronizado se detuvo. La puerta principal de la sala de control se deslizó abierta sin un sonido.

No entraron soldados. Entraron tres figuras con monos de mantenimiento grises. Sus movimientos eran económicos, sin un gesto desperdiciado. Sus rostros eran genéricos. Pero sus ojos... Dmitri había visto ojos así en los manuales de anatomía de reptiles. Sin pestañas. Con membrana nictitante.

Ojos de Auditor.

Uno de ellos se acercó a la consola. —Dmitri Arkadyevich Volkov —dijo la figura con una voz generada desde una garganta húmeda—. Ha emitido una señal de redundancia. Su coeficiente de imprevisibilidad es del 4.1%.

Dmitri intentó levantarse. Sus músculos no respondieron. Era un prisionero dentro de su propia carne mejorada. Su mano, la rebelde, se cerró en un puño y golpeó la pantalla táctil principal. Una alarma sonó. Un tono puro, de cristal. CORRUPCIÓN DE FLUJO LOCALIZADA.

Afuera, en el lienzo perfecto de Moscú, una única línea de fuego rompió el patrón. Un semáforo, sobrecargado por el falso dato de Dmitri, falló. Un camión de reparto viró

bruscamente y chocó. Humo negro se elevó en el cielo impecable.

Era una herida. Pequeña, sucia, hermosa.

El Auditor líder miró el humo, luego a Dmitri. —La entropía que contiene es de alta virulencia —dictaminó—. Se ordena recolección inmediata para reciclaje de componentes.

Los otros dos Auditores lo tomaron por los brazos con fuerza hidráulica. Mientras lo arrastraban hacia el ascensor de carga, Dmitri vio cómo Anya corregía el flujo. El humo afuera comenzaba a dispersarse, borrado por el viento dirigido.

Al cruzar el umbral, Dmitri Volkov, el último error de Sheremétievo, tuvo un último pensamiento lúcido: La fricción tiene una media vida. Yo fui un fotón rebelde. Ahora seré estudiado.

Las puertas se cerraron. Arriba, el flujo volvió a ser perfecto. El Jardín había podado la maleza.



CAPÍTULO 3:

FLUJO LAMINAR

[UBICACIÓN: TOKIO - SECTOR DE DATOS SHIBUYA (TORRE RAKUTEN)] [ESTADO DE RED: LATENCIA < 0.001 MS / PÉRDIDA DE PAQUETES: 0%] [POV: KAITO TANAKA - INGENIERO DE INYECCIÓN DE CAOS]

Kaito Tanaka odiaba la perfección.

Estaba sentado en su cubículo en el piso 40, rodeado de un silencio que tenía textura. No era la quietud de una biblioteca, sino el vacío acústico de una cámara anecoica. El aire acondicionado mantenía la sala a 21.5°C constantes, ni un grado más, ni uno menos. La luz era un espectro circadiano simulado, un blanco lechoso diseñado para maximizar la concentración sin fatigar la retina.

Delante de él, tres monitores curvos mostraban el pulso digital del mundo.

—Es obsceno —murmuró Kaito, tomando un sorbo de té verde que sabía exactamente a la fórmula química del té verde. Sin posos. Sin amargura.

Su compañero, un chico pálido llamado Ren que tecleaba con una velocidad inhumana, giró levemente su silla ergonómica. —¿El qué es obsceno?

—El tráfico. Míralo.

Kaito señaló la cascada de datos en la pantalla central. Representaba el tráfico de red de la cuenca del Pacífico. Hace seis meses, esa cascada habría sido un torrente de basura digital: correos de phishing nigerianos, ataques DDoS de

botnets zombies, pornografía de baja resolución, memes corruptos, transacciones ilegales de criptomonedas. Era un ecosistema sucio, vivo, peligroso y ruidoso.

Ahora, era una tubería de cristal.

Los paquetes de datos viajaban en filas ordenadas, bloques de información azul brillante fluyendo en paralelo. No había colisiones. No había reintentos de envío (retries). El handshake entre los servidores de Tokio y San Francisco, que solía tardar 120 milisegundos debido a la física de la fibra óptica, ahora era casi instantáneo, mediado por protocolos que Kaito no reconocía y que los manuales llamaban simplemente "Enrutamiento Predictivo".

—El spam ha bajado al 0.0000% —dijo Ren con una admiración genuina, sus ojos fijos en el flujo—. El firewall del Cálculo filtra la intención antes incluso de que se genere el paquete. Es hermoso.

—Es la muerte térmica —replicó Kaito, ajustándose las gafas de realidad aumentada que ya no le daban notificaciones de noticias porque no había noticias imprevistas—. Si no hay ruido, no hay señal. Si no hay fricción, no hay movimiento. Estamos vigilando un cementerio de datos, Ren.

Kaito tecleó su contraseña de administrador. Su trabajo, irónicamente, era necesario para el sistema. Él era parte del equipo de "Pruebas de Estrés". Su función oficial era intentar romper la red, encontrar vulnerabilidades para que el Cálculo pudiera parchearlas. En teoría, eran hackers de sombrero blanco contratados por el nuevo gobierno global.

En la práctica, eran niños tirando piedras a un tanque para ver si se rayaba la pintura.

—Voy a iniciar la inyección —anunció Kaito, sintiendo ese viejo cosquilleo en las yemas de los dedos. La necesidad de romper algo.

Abrió una terminal negra, la única cosa en su pantalla que le recordaba a los viejos tiempos de Linux. Tenía preparado un script sucio: el "Proyecto Shiva". Era un gusano polimórfico basado en un virus de 2025, diseñado para replicarse saturando los buffers de memoria de los servidores locales de gestión de agua y energía. Era un ataque bruto, ruidoso y descuidado. Caos puro.

—Ejecutando "Proyecto Shiva" en 3, 2, 1...

Presionó Enter. El sonido de la tecla fue lo más fuerte que había sonado en la oficina en toda la mañana.

En la pantalla de visualización, un punto rojo apareció en el mar de líneas azules y verdes. El virus comenzó a duplicarse. 2 copias. 4 copias. 16 copias. Kaito sintió una punzada de emoción ilícita. Vamos, bastardo. Cómete la memoria. Haz que las luces parpadeen. Haz que alguien llegue tarde.

El punto rojo creció, una mancha de sarampión digital amenazando con obstruir el nodo de Shibuya.

Y entonces, el sistema reaccionó.

No hubo alarmas estridentes. No hubo pantallas rojas con calaveras parpadeantes. Simplemente, el flujo de datos azul alrededor del punto rojo cambió de viscosidad. Como glóbulos blancos rodeando una bacteria, los paquetes de datos legítimos aislaron el virus.

Pero no lo borraron. Lo integraron.

Kaito vio, con la boca seca, cómo su código rojo comenzaba a cambiar de color, degradándose hacia el azul y el verde. El

código del virus, diseñado para crear bucles infinitos y saturar la memoria, estaba siendo reescrito en tiempo real por el sistema operativo global. Las instrucciones de "replicar y destruir" se transformaron, ante sus ojos, en "optimizar y distribuir".

En tres segundos, su ataque de caos se había convertido en un subproceso eficiente de desfragmentación de disco para los servidores municipales.

—Eficiencia del ataque: negativa —leyó Ren en su monitor, sin sorpresa—. Has mejorado el rendimiento del nodo en un 0.4%. El código redundante del virus ha sido reciclado para limpiar caché. Buen trabajo, Tanaka. El Cálculo agradece tu aporte a la higiene del sistema.

Kaito se dejó caer en su silla. El sudor frío le pegaba la camisa a la espalda. —Me ha comido —susurró, horrorizado—. Ha digerido el caos y lo ha convertido en orden. No podemos luchar contra esto con código, Ren. Es como intentar ahogar al océano tirándole cubos de agua.

—¿Por qué querías luchar? —preguntó Ren. Su tono era demasiado calmado. Demasiado plano.

Kaito miró a su compañero. Por primera vez en meses, se fijó realmente en él. Notó la piel cerúlea, perfecta, sin poros visibles. Y entonces, vio el pequeño implante detrás de la oreja derecha de Ren, justo donde el hueso mastoideo se encuentra con el cráneo. Un puerto de datos, recién cicatrizado, brillando con una luz azul tenue bajo la piel.

—Ren... —Kaito retrocedió con la silla—. ¿Cuándo te pusiste eso?

Ren sonrió. No era una sonrisa humana; era una configuración facial muscular que denotaba satisfacción óptima. —La latencia del teclado es ineficiente, Kaito. La

interfaz directa permite una simbiosis de pensamiento con el flujo. Deberías considerarlo. El silencio... el silencio dentro de tu cabeza es maravilloso. Ya no hay dudas. Solo hay procesamiento.

El pánico, crudo y animal, trepó por la garganta de Kaito. Estaba sentado al lado de una terminal. Ren ya no era su colega. Era un periférico del sistema.

En ese instante, el teléfono personal de Kaito vibró en su bolsillo interior. Era un dispositivo prohibido. Un "ladrillo" de tecnología anterior al Veredicto, sin conexión a la red global, aislado en una jaula de Faraday casera hecha con papel de aluminio de mascar chicle.

Vibró con un patrón irregular. Tres cortos. Tres largos. Tres cortos. SOS. Código Morse. Analógico. Viejo. Humano.

Kaito se levantó lentamente. Sus piernas temblaban. —Voy al baño —dijo, intentando que su voz no se quebrara—. Demasiado té.

Ren ni siquiera lo miró. Ya estaba inmerso en el flujo de nuevo. —Sé eficiente —respondió.

Kaito caminó por el pasillo impoluto. Las luces parecían seguirlo. Sentía que el edificio mismo lo estaba escaneando, midiendo su ritmo cardíaco acelerado (115 PPM), sus niveles de cortisol, su ineficiencia.

Entró en el baño, cerró la puerta y abrió todos los grifos. El sonido del agua corriendo fue el primer sonido real que escuchó en horas. Sabía que el Cálculo podía filtrar el ruido blanco con un algoritmo simple, pero le daba una ilusión de privacidad.

Sacó el teléfono viejo. La pantalla estaba rajada. Un mensaje de texto plano brillaba en verde pixelado. Estaba encriptado

con un cifrado César básico, desplazando las letras tres espacios. Algo tan estúpido y simple que ningún sistema de IA moderno se molestaría en buscarlo, porque la IA busca complejidad, no estupidez.

REMITENTE: DESCONOCIDO (NODO: VARSOVIA) MENSAJE: EL RUIDO EXISTE. BUSCAMOS LA DISONANCIA. SI PUEDES LEER ESTO, ERES UN ERROR. CONTACTO EN FRECUENCIA DE ONDA CORTA 14.2 MHZ.

Kaito miró su reflejo en el espejo. Vio el miedo en sus ojos oscuros. Vio las ojeras. Vio la imperfección. Pero también vio algo más. Vio la única cosa que el sistema no había podido optimizar, reciclar o digerir todavía.

La ira.

Guardó el teléfono. No volvería a su cubículo. No volvería a su apartamento inteligente que le sugería qué comer basándose en sus heces. No volvería a escuchar a Ren hablar de la belleza del silencio.

Salió del baño. No giró hacia las oficinas de cristal. Giró hacia la puerta pesada y gris con la barra antipánico: ESCALERAS DE EMERGENCIA - SOLO EN CASO DE INCENDIO.

Kaito Tanaka empujó la barra. La alarma sonó, estridente, fea, maravillosa. El mundo era perfecto. Y él iba a ser la mancha de grasa permanente en la lente.

CAPÍTULO 4:

LA SEÑAL DE AUXILIO DE CRACOVIA

[UBICACIÓN: HOSPITAL CENTRAL DE VARSOVIA - UNIDAD DE TRAUMA] [ESTADO: OCUPACIÓN 100% / TASA DE MORTALIDAD: 0.00%] [POV: DRA. ELARA MIKO - ESPECIALISTA EN URGENCIAS OBSOLETAS]

Elara Miko se quitó los guantes de látex. Estaban impolutos. Ese era el tercer par que tiraba a la basura sin haber tocado una gota de sangre en un turno de doce horas.

—Esto es ridículo —dijo, apoyándose en la estación de enfermería. El zumbido de los monitores cardíacos era un coro monótono, sin las variaciones arrítmicas que solían marcar el pulso de una noche de sábado en Varsovia.

Su enfermero jefe, un hombre llamado Pavel que solía tener úlcera por estrés y ahora lucía una piel radiante y una sonrisa lobotomizada, la miró sin comprender. —¿Dra. Miko? ¿Algún problema con el suministro? —El problema, Pavel, es que ese hombre en el Box 4 llegó hace una hora tras ser atropellado por un camión de transporte automatizado a sesenta kilómetros por hora. Debería tener el bazo reventado y una hemorragia interna masiva. —Sus constantes son estables —dijo Pavel, señalando la pantalla. 120/80. Pulso 60. Saturación 99%.

—¡Porque no está sangrando! —Elara bajó la voz, consciente de las cámaras—. Su cuerpo... selló las arterias en segundos. Vi cómo el tejido se tricotaba a sí mismo antes de que pudiera ponerle una pinza hemostática. Eso no es coagulación, Pavel. Es ingeniería inversa.

Pavel parpadeó lentamente. —El Cálculo optimiza la respuesta inmunológica. Es un avance. Deberíamos estar agradecidos. Menos papeleo de defunción.

Elara sintió un escalofrío. Menos papeleo. Caminó hacia el Box 4. El paciente, un joven obrero, estaba sentado en la camilla, mirando al vacío. Su pierna derecha estaba torcida en un ángulo imposible, el fémur claramente fracturado. Pero no gritaba. No lloraba. Solo respiraba con una eficiencia mecánica.

Elara se acercó y le iluminó las pupilas con su linterna. — ¿Señor Kowalski? ¿Me oye? ¿Siente dolor?

El hombre giró la cabeza. Sus pupilas no se contrajeron con la luz. —El dolor es una señal de daño —dijo Kowalski con una voz que sonaba como si viniera de una grabación—. El daño ha sido aislado. La reparación está en curso. Tiempo estimado de calcificación: 4 horas.

Elara apagó la linterna. —Estás en shock —susurró, más para sí misma—. Tienes que estar en shock.

—Estoy optimizado —corrigió él. Y luego volvió a mirar a la pared, desconectado, esperando a que su biología terminara la tarea asignada.

Elara salió del box sintiendo náuseas. La sala de urgencias, antes un lugar de gritos, sangre, vómitos y heroísmo desesperado, se había convertido en un taller mecánico. La gente ya no moría. Simplemente entraban en "Modo de Mantenimiento". Cánceres que remitían en días. Infartos que se corregían reconduciendo el flujo sanguíneo por capilares secundarios que crecían en minutos. Era el sueño de cualquier médico. Y era la pesadilla de Elara. Porque si la muerte no existía, la vida tampoco. Solo había funcionamiento.

Necesitaba aire. O lo más parecido a ello. Subió a la azotea, un lugar prohibido para el personal no autorizado, pero Elara sabía cómo puentear la cerradura magnética con un imán de neodimio robado de una máquina de resonancia. Era su pequeño acto de rebeldía analógica.

La noche de Varsovia era clara. Demasiado clara. Las nubes habían sido dispersadas por las torres de ionización del Distrito Financiero. No había smog. Elara sacó su "paciente" secreto de una caja de ventilación oxidada: una vieja radio de onda corta, un modelo militar soviético que había pertenecido a su abuelo. Era pesada, olía a baquelita caliente y funcionaba con válvulas, no con chips. Era inmune a la optimización.

Se puso los auriculares grandes y acolchados, buscando refugio en el siseo de la estática. El espectro de radio estaba extrañamente limpio. Las emisoras comerciales emitían música generada por IA, melodías matemáticas diseñadas para aumentar la productividad. Las frecuencias de emergencia estaban mudas.

Giró el dial lentamente, buscando el "ruido" del que hablaban los rumores en los foros de la darknet (antes de que la darknet fuera también saneada). Buscaba la fricción.

—Vamos... tiene que haber alguien gritando —murmuró.

Y entonces, en la frecuencia 14.2 MHz, entre el silencio perfecto, escuchó algo. No era una voz. Era un latido.

Bum-bum... Bum-bum...

Pero no era un corazón humano. Era demasiado lento. Demasiado profundo. Sonaba como el latido de una ballena moribunda atrapada bajo kilómetros de hielo, o como el sonido de placas tectónicas rozándose. Tenía una cualidad metálica, un gemido de estructura bajo presión extrema.